

## UNIDAD ESPIRITUAL Y UNIDAD SOCIAL

POR

JEAN OUSSET.

Dentro de algunas horas nos habremos dispersado. Habremos abandonado la cálida atmósfera de unidad que nos ha retenido aquí durante tres días. ¿Qué volveremos a encontrar?

Nuestras ciudades. . .

Y en nuestras ciudades. . . nuestras divisiones. . . la dialectización intelectual y moral del mundo moderno. . .

A partir de entonces, ¿qué hay que hacer?

¿Tendremos que abandonar. . . , y considerar como inaccesibles las finalidades entrevistas y descritas en el curso de estos tres días?

¿Tendremos que, por el contrario, hundirnos con la cabeza baja, sin atender a lo que nos rodea, sin tener en cuenta las condiciones que se nos imponen e impondrán aún durante mucho tiempo?

Bien sabéis que, por noble y deseable que sea el FIN, la importancia de los MEDIOS, de las condiciones a respetar, es irrecusable.

Por ello, me parece que el último problema que debe ser abordado en el tercer día de este congreso es menos el problema de volver a definir una unidad espiritual que el problema del MEDIO, del METODO a adoptar para restaurar una mayor unidad espiritual en nuestras patrias respectivas. . .

Pero permitidme, en primer lugar, algunos recuerdos elementales.

La simple reunión de una multitud no constituye una sociedad.

A cualquier variedad que pertenezca —ya se trate de sociedades de termitas o de abejas—, parece que no se puede hablar de sociedad más que si hay la sumisión de un cierto número de

seres a un conjunto de leyes comunes. Y esto de una forma activa, resuelta.

Sea, por ejemplo, el conjunto de los pasajeros de un avión. Claro está que hay ahí un grupo de personas sometidas a una misma ley, a una misma autoridad. . . , la del comandante de a bordo. ¿Puede, sin embargo, decirse que ese grupo de pasajeros constituye una sociedad? No lo creemos. No sólo por el carácter fortuito de su encuentro, sino por el carácter pasivo de su vecindad. No se hablan. Apenas se han saludado. Ningún intercambio. Ninguna participación activa. Nada de unidad.

Pero que un accidente convierta a esta asamblea en un grupo de náufragos. . . Unos se ponen a remar o ayudan a la maniobra bajo la dirección del comandante. Otros se ocupan de los enfermos o de los heridos. La azafata se preocupa del racionamiento de víveres. Etc. . . Ésta vez sí que parece que hay sociedad.

Sociedad que parece, pues, estribar en una participación activa de sus miembros, en una cierta resolución común.

Es verdad que el ejemplo escogido es muy simple. . . , el exceso mismo de peligro en que se encuentran esos supervivientes era suficiente para que las condiciones de salvamento se impusieran a todos.

Sociedad, pues. Pero qué sociedad tan rudimentaria respecto de esa sociedad que es "La Sociedad", a secas. Sociedad de un conjunto considerable de hombres (¡millones!) durante toda la duración de su vida sobre la tierra.

Sociedad de unas actividades, de unas necesidades tan numerosas y complejas que no se puede ciertamente descubrir en ella esa evidencia flagrante del deber inmediato que hacía tan fácil la unión de los náufragos.

Por ello se comprende que haya en ese grado de "La Sociedad", con S mayúscula, una determinación más rigurosa de las condiciones de unidad. Un sentido más agudo de la jerarquía de los seres y de los bienes.

Lo que supone un cierto grado de unidad intelectual, moral y espiritual.

Sin el cual, privados como hemos dicho de ese mínimo de unidad, ya no pueden convencer, ya no pueden más que vencer. Vencer. . . ¡brutal o insidiosamente!; de ahí esas luchas de clases, guerra psicológica, "contestación" permanente, que disfrutan casi todas las naciones de hoy día.

Pero, se dirá, ¿esa unidad espiritual y moral que acabáis de evocar es concebible hoy día? ¿No evoluciona el mundo contemporáneo, por el contrario, hacia ese ideal de "la ciudad pluralista" tan intensamente celebrado por algunos?

Pensamos que, en realidad, las cosas son más complejas.

Porque si por una parte se puede sostener que la sociedad moderna es pluralista, del mismo modo puede hacerse notar la espantosa monotonía de la opinión mundial.

Ciudad pluralista, pues, si se quiere, porque es, ¡ay!, demasiado evidente que los hombres están divididos por sus creencias.

Unidad ideológica, sin embargo, porque es no menos claro que por encima de la "opciones" políticas o religiosas más contrastadas, la Revolución no deja de contemplar cómo progresa la aceptación de sus principios. *Consensus* masónico-marxista que de un extremo a otro del planeta consigue incorporar incluso a católicos, más aún, hasta a sacerdotes y prelados.

Así, pues, esa unidad que nosotros los católicos tendemos a declarar como imposible, la Revolución la realiza bajo nuestros ojos, sin que parezca que captemos su trágico y sobrenatural misterio.

La unidad espiritual alrededor de Aquél que es el único Salvador. . . Esa unidad, nosotros los cristianos la declaramos imposible, no deseable, medieval.

Por el contrario, para la Revolución, la unidad masónico-marxista es una realidad mundial, oficiosa si no oficial en la mayoría de los Estados.

Es ésta una prueba indudable de que una unidad espiritual es posible. En cuanto a saber si es deseable, basta para convencerse con reflexionar un poco en lo que significa la crisis de la juventud actual, juventud a la que nuestras universidades no han enseñado

nada de lo que importa saber para que la vida tome un sentido y parezca digna de ser vivida.

Así que lo que "constituye problema", como se dice hoy día, es menos la posibilidad de una unión espiritual que las fórmulas y los argumentos más precisos de su realización.

Lo que "constituye problema" en nuestros países dialectizados por la Revolución es saber cómo favorecer, cómo realizar esa unidad. ¡Sin capitular ante el error! Sin naufragar en un liberalismo o en un sincretismo inadmisibles para la razón y para la fe... Sin, tampoco, rozar, violentar las conciencias.

Problema delicado si los hay, que sería vano creer que somos los primeros en abordar.

Mas como el tiempo apremia y no se podría decir todo en tres cuartos de hora, pienso que no resultará demasiado injusto separar de un manotazo aquellas fórmulas que no son más que parodias de unidad humana.

En primer lugar, esa definición de la nación, que según los señores Armand - Drancourt no sería ya "en el futuro... (nada más que) una forma y una densidad de relaciones colectivas de un tipo dado, principalmente las que resultan del reparto de los gastos colectivos según las mismas leyes y reglamentos fiscales y sociales".

Que es como decir: la unidad espiritual en torno al membrete y a la hoja de los impuestos.

Pero, como enseña Pío XII: "Una sociedad que es insensible a los principios intelectuales y morales, que no se deja guiar más que por las ventajas comerciales, no merece contarse entre las sociedades civilizadas."

Rechazada la fórmula unidad-membrete, tampoco nos parece que la solución liberal merezca mayor atención.

Ya se sabe lo que es el liberalismo y en qué desemboca, al menos en filosofía: en un caos de opiniones, todas proclamadas como legítimas. No se ve, pues, cómo el conjunto de ese caos, el conjunto de esas contradicciones, podría ser bautizado como "unidad" si no es como antifrase.

Queda por separar la fórmula sincrética, es decir, la unidad que habría que buscar en la combinación más o menos coherente de varios sistemas filosóficos o religiosos, "patrimonio común", se dice a veces, "a todas las religiones positivas".

Lo malo es que semejante amalgama no puede dejar de ser víctima de un desprecio universal por la razón de que molesta a todo el mundo y no puede contentar a nadie. Molesta al verdadero católico, cuya fe adultera. Molesta al verdadero protestante, por una razón análoga. Incluso molesta al incrédulo, porque se pretende imponerle unos elementos religiosos que rechaza por el mero hecho de ser religiosos.

Ya lo señalaba Monseñor Pie: "Los principios de moral y de religión, comunes a todos los pueblos, eso se dice pronto; la práctica es un poco más difícil. . ."

Y el hecho es que esa unidad social realizada en torno a una moral laica, a un moral cívica, trascendentes y superiores a todas las religiones. . . una moral así (que fue el sueño de los Jules Ferry y desde Ferdinand Buisson) se ha presentado en la práctica tan "al aire", que no hay nada menos serio en nuestras escuelas que las clases en que se enseña. Cuando se enseña.

Descartadas la fórmula Armand-Drancourt, la fórmula liberal, la fórmula sincrética, queda la hipótesis de un acuerdo fundamental sobre el derecho natural. . . , porque la comprensión de ese derecho nace solamente de la razón, sin que sea necesario recurrir a ningún argumento de fe religiosa.

La fórmula es, esta vez, mucho más seria.

Lejos de nosotros subestimar su importancia.

"La ley natural —exclamó Pío XII—, he ahí el fundamento sobre el cual reposa la doctrina social de la Iglesia. . ."

Esta ley natural, ¿no podría servir de base a la unidad espiritual en cuestión?

¡Sin duda! E importa mucho que sea así.

Pero hay que comprender que el más seguro método de lograrlo no es proponer explícitamente esta ley natural como principio de la unidad deseada. Porque es muy difícil hoy día hacer ad-

mitir ese derecho de naturaleza. Porque es muy mal conocido, muy "contestado"... , incluso por clérigos.

Todo el mundo sabe que esta doctrina designada así, de un derecho natural, fundamento obligado del orden moral y jurídico, ha sido rechazada por los "Reformadores" (especialmente por Lutero), oscurecida por Rousseau, evocando un estado pretendido de naturaleza... , en realidad sinónimo de estado salvaje.

Importa, pues, no hacerse ilusiones creyendo que la referencia al derecho natural sea el argumento más eficaz para realizar la unidad espiritual y moral de una nación.

Por justo y deseable que esto sea, semejante alusión tiene el grave defecto de ser demasiado abiertamente doctrinal, que es tanto como decir que es lo que la mentalidad moderna más se resiste a aceptar.

¡Nada de ilusiones, por tanto!

¡Pero hay más! Hay que incluso si la unidad espiritual sobre el derecho natural fuera fácil de realizar, esa unidad no sería por ello menos gravemente insuficiente. Y esto porque un simple recurso al derecho natural no sobrepasaría jamás el orden natural y no podría nunca asegurar los más altos valores, los valores sobrenaturales, los valores cristianos, el interés que el propio interés de la Ciudad exige que se les dé.

Por tanto, incluso suponiéndola posible, una unidad espiritual que sólo estuviera fundada sobre el derecho natural no podría ser más que naturalista, en teoría y de hecho.

Pero, entonces, ¿es verdaderamente posible esperar algo más...? ¿Cómo sería posible unir a unos incrédulos a católicos sin que estos últimos no tengan que guardar silencio en torno a lo que los incrédulos se niegan precisamente a aceptar? En el fondo, me diréis, ¿lo que buscáis no es acaso un modo de lograr el inverosímil resultado de hacer admitir a unos no católicos una fórmula de unidad social que fuera católica?

Creemos esta objeción demasiado somera. Por la sencilla razón de que existe una diferencia considerable entre... , de una parte, la posibilidad de admirar, como desde fuera, el catolicismo, re-

conocer sus beneficios, comprender su sabiduría, y... de otra parte, el acto de adhesión interior, acto de íntima creencia en las proposiciones sobrenaturales de la fe católica propiamente dicha.

A partir de aquí, lejos de parecer inverosímil la pretensión formulada más arriba ya no resulta tan loca... , porque la experiencia demuestra que es posible servir a una causa de dos maneras: bien entrando en ella, entregándose a ella (porque se tiene fe en su verdad intrínseca)... , bien porque se la considere y admire, pero desde el exterior. Por la belleza, por la excelencia de sus efectos.

El resultado es que esa causa puede ser servida por un lado y por otro, aunque en grados diferentes.

Para los primeros (los que tienen fe en su verdad misma), la adhesión es profunda y total. Para los segundos (los que no se atienen más que a la excelencia de los beneficios), la adhesión es ciertamente superficial, incompleta, imperfecta. Lo cual puede lamentarse. Lo que puede no carecer de peligros. Lo que no es ciertamente, el todo. Lo que con todo, ya es algo. Incluso, mucho. Porque semejante adhesión ofrece recursos apologeticos bien superiores PSICOLÓGICAMENTE al argumento de los que tienen fe. Argumento que siempre puede, más o menos, ser tachado de parcialidad... "¡Sois católicos! Por tanto, jueces y parte. Vuestro testimonio no sirve."

De este modo... (aunque es verdad que al catolicismo no se le puede servir plenamente más que por quien acepta todas sus exigencias, es decir, los católicos...) muchos testimonios de indiferentes, de incrédulos, de agnósticos, de no practicantes, de protestantes, de judíos, incluso de revolucionarios, pueden ser preciosos y aun decisivos.

A condición, claro está, de que se utilicen. Lo cual presupone en primer lugar que se piense en ellos, que se tenga voluntad de hacerlo y que se sepa hacer.

Hay ahí, efectivamente, todo un método que captar, cierto modo de argumentación que comprender. El error, en este punto, consiste en negarse a creer *a priori* en la eficacia de tal método, con el

pretexto de que cada testimonio, tomado uno por uno, puede parecer muy limitado y sin gran importancia, que sólo cuenta el conjunto. Sin embargo, esos testimonios son bastante más numerosos de lo que se cree. Variados y complementarios.

Algunos son directos y muy explícitos. Otros son indirectos y solamente implícitos. A nosotros nos corresponde saber desprender su sentido.

Algunos, mucho más desarrollados, constituyen por sí solos verdaderos tratados, verdaderas apologías, de los "beneficios" del catolicismo.

Se podría decir que unos están en relieve y otros en vaciado. Entiéndase que hay ataques contra la Iglesia a los que se les puede dar la vuelta y hacerlos servir de argumentos privilegiados en favor del catolicismo.

Cuando los ladrones maldicen al perro, ¿no es acaso porque éste es un buen perro guardián?

Así, pues, qué mejor elogio hecho a la inversa que esta confesión de Henri Lefevre, el profesor marxista de Nanterre...: "Solamente quedan frente a frente, en Francia al menos, el cristianismo (el catolicismo no contaminado por el libre examen individualista protestante)... y el marxismo."

Otro elogio hecho a la inversa lo hallamos en estas líneas del francmasón Conrard (La "Bauhute", de Leiptzig, en 1874):

"Solamente la organización tan fuertemente coherente del catolicismo es aún un factor activo, capaz de detener la formación de los hombres en marcha hacia la emancipación del género humano. Eso es lo que no se podría olvidar... Por sentido de infalibilidad que tiene la Iglesia Católica Papal, Romana, un francmasón no puede en absoluto ser cristiano. Esta Iglesia es un desafío lanzado no solamente a la sociedad francmasónica, sino incluso a toda sociedad civilizada."

Entre esos testimonios "indirectos" se podría citar el capítulo del reportero Raymond Cartier, en su *Tour du Monde*, en que el célebre periodista no vacila en afirmar que si la India padece hambre es en gran parte debido a una religión de tabús monstruosos.



Pero se da la circunstancia de que nos sería muy fácil demostrar que esos tabús son precisamente aquello en que esa religión se encuentra en mayor contradicción con el catolicismo.

Y aún podríamos citar —en el grupo de esos testimonios en vaciado— cierto encuentro con unos masones (¡pero masones de tipo más bien blando!). . . Francmasones que me hicieron partícipe de su inquietud ante esa “autodestrucción” de la Iglesia de la cual ha hablado Pablo VI. “Autodestrucción” que les parecía temible; sus proposiciones se podrían resumir así: “Si los curas, a su vez, viran hacia la Revolución, la atmósfera se va a hacer irrespirable.” Pero en cuanto les respondí que lo que así lamentaban podía tener su origen en lo que un cierto abad, Emmanuel Barbier, a principio de siglo, no había temido denominar. . . “infiltración masónica en la Iglesia”. . . , nuestra conversación dejó bruscamente de ser cordial.

Más explícita es la evocación de que un Zar, Alejandro I (al revés de las cortes reales católicas que los habían expulsado), acogió en Rusia, por consejo de Joseph de Maistre, a los jesuitas para ofrecerles ciertas misiones de enseñanza.

Evocación aún posible de un Thiers, que pensaba confiar a los “Hermanos” toda la primera enseñanza francesa.

En un país de misión, incluso en país de Islam, cuántos no cristianos no ven sino ventajas en confiar sus hijos a las escuelas católicas.

Nosotros mismos, en dos ocasiones (la primera vez en Bizerta y la segunda en Abidjan) hemos oído a musulmanes decirnos, casi literalmente. . . : “Ante el desarrollo de la sociedad moderna, se nos hace cada vez más difícil, a nosotros los musulmanes, imaginar que el Corán pueda continuar siendo, como lo fue en el pasado, nuestro código religioso y nuestro código civil. Si, pues, en cuanto musulmanes queremos seguir fieles al código religioso, en el ámbito civil estamos dispuestos a reconocer la sabiduría y la excelencia de la doctrina social y política de la Iglesia. . .”

*Et coetera.* . . No podemos decir todo. . . La multiplicidad y la

extrema variedad de testimonios ínfimos haría su enumeración fastidiosa.

Lo importante es comprender aquí que si, en el plano teórico, ciertos acercamientos, ciertos encuentros, parecen inverosímiles, en el plano concreto, en el plano de la complejidad de los seres y de las cosas, podemos permitirnos mil esperanzas.

Lo esencial es ver con claridad que en la búsqueda de semejante objetivo importa evitar, los conflictos de protocolo, cuando no recelar de ellos. Hay que llegar a la realidad. Hay que ir a los hechos. . . , los cuales (en el plano estrictamente apologético en que de momento estamos) ofrecen siempre muchos más recursos que la apelación a fórmulas abstractas.

\* \* \*

¿Hay algo más opuesto a la supremacía romana, al poder pontificio, que el protestantismo?

Sin embargo, ¿no es acaso el protestante Sismondi quien, en su *Historia de las Repúblicas Italianas*, reconocía que “en medio de los conflictos de jurisdicción entre los señores feudales, el Papa era el único que se mostró defensor del pueblo y el único pacificador de las turbulencias de los grandes. La conducta de los Pontífices explica el respeto con el que eran considerados, y sus beneficios explican el reconocimiento de los pueblos”.

“Ese centro de unidad religiosa —escribe otro protestante, Robertson— ha sido durante varios siglos un inmenso beneficio para la humanidad.”

“Ese gran poder que tuvo la Iglesia salvó a Europa de la barbarie”, se puede leer en las *Lettres d'Italie*, del publicista alemán protestante Pierre de Joux.

Y del protestante Juan de Muller, en su *Voyage des Papes. . .*: “Gregorio, Alejandro, Inocencio, pusieron un dique al torrente que amenazaba invadir toda la tierra: sus manos paternas elevaron y fortificaron la jerarquía y con ella la libertad de todos los pueblos.”

En cuanto al protestante Ancillon, en su *Tableau des revolutions du systeme politique en Europe*, escribe: "Durante la Edad Media, solamente el Papado, quizá, salvó a Europa de una completa barbarie. Acercó a las naciones y fue su centro común. Fue un tribunal supremo levantado en el centro de la anarquía. . . Previno y detuvo el despotismo de los emperadores, suplió la falta de equilibrio y disminuyó los inconvenientes del régimen feudal."

Serie de testimonios protestantes que puede coronarse por el del gran Leibnitz cuando escribía: "Está fuera de duda que los Pontífices (romanos) han ejercido esta autoridad durante varios siglos con el asentamiento universal y el aplauso de todos."

Una vez más, Leibnitz, en una carta a Grimarest, dice. . . : "Que se establezca para juzgar las diferencias entre príncipes un tribunal en Roma y que esté presidido por el Pontífice Romano, recobrando ese poder judicial que en otros tiempos ejerció sobre los reyes. . . (Esto) traería una nueva edad de oro sobre la tierra."

Pero se nos dirá que estas citas son antiguas. No creemos que, en lo psicológico, esta antigüedad las haga menos probatorias. ¡Al contrario! Porque fueron escritas en tiempos en que las "controversias con los protestantes" eran bastante más vivas que hoy en día.

\* \* \*

Mucho más precisos, y acercándose más al tema que nos ocupa, está el testimonio de aquella Simone Weil, cuya admiración por el Evangelio y el misterio cristiano nos hace demasiado a menudo olvidar que nunca entró en la Iglesia.

He aquí lo que dice Simone Weil: "Las polémicas en torno al laicismo han sido una de las principales fuentes de envenenamiento de la vida (. . .) en Francia (. . .). Es cierto que la neutralidad es una mentira. El sistema laico no es neutral; comunica a los niños una filosofía que es de una parte muy superior a la religión tipo San Sulpicio, y de otra muy inferior al auténtico cristianismo." (. . .)

"Se le perjudica a un niño cuando se le educa en un cristia-

nismo estrecho que le impide para siempre capacitarse para comprender que hay tesoros de oro puro en ciertas civilizaciones no cristianas. Pero la educación laica irroga a los niños un perjuicio mayor. Disimula esos mismos tesoros y además los del cristianismo.”

“La única actitud a la vez legítima y prácticamente viable que pueda tener, en Francia, la instrucción pública respecto del cristianismo consiste en mirarle como a uno de los tantos tesoros del pensamiento humano. Es absurdo en el más alto grado que un bachiller francés haya adquirido el conocimiento de los poemas de la Edad Media, de Polyeucte, de Athalie, de Fedra, de Pascal, de Lamartine, de doctrinas filosóficas impregnadas de cristianismo (...) y que no haya abierto jamás la Biblia.

“Bastaría decir a los futuros catedráticos y a los futuros profesores: la religión ha tenido en todo momento y en todo país, salvo muy recientemente en algunos lugares de Europa, un papel dominante en el desarrollo de la cultura, del pensamiento y de la civilización humana. Una instrucción en la cual no se habla nunca de religión es, pues, un absurdo. Por otra parte, lo mismo que en la historia se habla mucho de Francia a los niños franceses, si se habla de religión, se trata antes que nada del cristianismo.”

“En consecuencia —nos sigue diciendo Simone Weil— habría que incluir en todos los grados de la enseñanza, para los niños ya mayorcitos, unos cursos que se podrían rotular, por ejemplo, de historia religiosa. Se haría leer a los niños algunos pasajes de la Escritura y, por encima de todo, el Evangelio. Se comentaría con el mismo espíritu del texto, como siempre se debe hacer.”

“Se hablaría del dogma como de una cosa que ha jugado un papel de primera importancia en nuestros países, y en la cual hombres de primerísima fila han creído con toda su alma; tampoco habría que disimular qué cantidad de crueldades han encontrado pretexto en él; pero sobre todo se intentaría hacer sensible a los niños la belleza en él contenida.” (...)

“Si tal solución —concluye Simone Weil— fuera aplicada, hay que esperar que la religión cesara poco a poco de ser una cosa

en favor o en contra de la cual se toma partido de la misma manera que se toma un partido en política. Así se abolirían los dos campos, el campo del profesor y el del cura, que mantienen una especie de guerra civil latente en tantos pueblos franceses. El contacto con la belleza cristiana, presentada simplemente como una belleza a saborear, impregnaría insensiblemente de espiritualidad la masa del país."

Yo no digo que este texto nos satisfaga plenamente. Lo que digo es que hay en este texto los elementos de una apologética de la cual no sabemos servirnos suficientemente.

Ya se sabe, pues, que en las condiciones extremadamente difíciles que son las del mundo occidental actualmente, la reconstitución de una unidad espiritual que haga al cristianismo el sitio que le es debido, debe evitar todo lo que pudiera ser un conflicto de principios *a priori*, conflictos de protocolo.

Es necesario, ya lo hemos dicho, ir más bien a los hechos... Pero la gran lección de los hechos se encuentra en la historia.

Recurramos, pues, a la historia.

El recurso a ella es mucho más prometedor que el recurso al propio derecho natural. Porque en la historia se encuentra no solamente la ilustración viva y continua de ese derecho natural, sino que se encuentran también en ella todos los signos e intersignos de lo sobrenatural, luz de Cristo y de su Iglesia.

Recurso a la historia, que no sólo permite defender verdades y valores naturales. Recurso a una historia que permita defender y proponer a los incrédulos un número considerable de valores cristianos que no son menos percibidos y defendidos por serlo desde el exterior.

Esta fórmula permanece, ciertamente, muy por debajo de lo que la enseñanza católica puede proponer dogmáticamente. Es una simple fórmula de conclusiones prácticas adquiridas por vía inductiva. Fórmula que corresponde completar a los católicos. ¡No derribarla!

¡Criterio inferior! Cuanto se quiera, pero que atendiendo a la unidad espiritual a realizar ofrece la ventaja de una puesta en mar-

cha accesible a todos y que no bloquea ninguna perspectiva hacia lo alto.

\* \* \*

Fijense bien que aquí no tratamos de ninguna manera de esa forma de tradicionalismo que consiste en sostener: "Hemos sido católicos a lo largo de toda nuestra historia, así que importa seguir siéndolo siempre." Se trata de una cosa bien distinta. Se trata de algo que demuestra que, incluso en política, todo alejamiento del catolicismo, lejos de significar un progreso, denota un retroceso (tal como el profesor Gillenssen nos lo ha dicho al comienzo de este congreso).

Una vez más repetimos que... esta unidad espiritual, fuerte dosis de empirismo, no nos dice ciertamente todo. Pero queda siempre que, por mínimo que sea un acuerdo posible, ese mínimo sobrepasa, y por mucho, todo lo que un recurso al derecho natural puede ofrecer.

En realidad, somos nosotros quienes, por ignorancia o estupidez, somos la causa de nuestra impotencia.

Somos católicos, pero porque pensamos que eso es solamente una opinión tenemos tendencia a creer que lo que es católico no puede ser admitido por los que, precisamente, no lo son. Lo cual es una manera de no creer en la objetividad universal de las verdades que defendemos. Error y desconocimiento que nos hacen abandonar sin necesidad unas posiciones consideradas inaccesibles a los incrédulos, cuando, a veces, gran número de éstos se encuentran mucho más arriba del punto en el cual creemos que es más hábil bajar a encontrarlos.

De ello dimana como resultado, que no sea nada raro ver hoy día que incrédulos, que no católicos, aprueban y defienden las tesis cristianas en las que muchos fieles y muchos eclesiásticos ya no creen, e incluso algunos no sienten temor en reprochar a la Iglesia que las haya sostenido hasta nuestros días.

Esto es el punto en que hay que evocar aquella respuesta de

Jesús: "En verdad os digo: si éstos se callan, las piedras hablarán."

Porque es un hecho que ante ese silencio de los cristianos, la voz de numerosos incrédulos se eleva vengadora.

\* \* \*

Y ya que este Congreso tiene por tema: "Patrias, Naciones, Estados...", ¿cuántos católicos se atreven hoy día a pensar, cuántos se atreven a hablar como se atrevía a pensar y a escribir el agnóstico Maurras?

"La sociedad de las naciones no pertenece ni al presente ni al porvenir (...). Venimos a ella. ¡Ya hubo una Europa! ¿Dónde está? Esta unidad europea era en sí misma el relicario moral y material de la unidad del mundo cristiano: pero fue rota en la Reforma que hizo sufrir a la comunidad religiosa y moral de la Edad Media un gran desmenuzamiento de competiciones y rivalidades." (...)

Divididos y sacralizados, supuestos iguales, idénticos, los patriotismos querrán parecer cada vez más irreductibles. Serán estimados más puros a medida que se mostrarán más terribles (...). Se verá que se agrava lo que ha visto el planeta después de la Revolución: imbuidos de los mismos derechos, los pueblos correrán a las mismas metas, exhibirán las mismas intenciones, y, con los mismos espejismos se lanzarán a las mismas matanzas." (...)

Hemos soñado en ello con frecuencia. Existe un poder sólido y antiguo. ¿Por qué los internacionalistas nunca han hablado de él más que para combatirlo? Existe una institución cuya influencia alcanza los confines de la humanidad. ¿Cómo los "humanitarios"... no se preocupan nunca de la institución por excelencia, la única que puede ufanarse de ésta adecuación a la humanidad?..." (...)

Mientras que en la Internacional científica, literaria, socialista, capitalista, cada nacional ha seguido, durante la guerra, la suerte de la nación a la cual estaba unida, el catolicismo ha conservado

una existencia distinta y una ley independiente. Todas las organizaciones europeas que, perecieron bajo la ley de la guerra, desaparecieron ante el Estado a cuya ciudadanía pertenecían, y únicamente, la organización católica ha dado un signo patente de vitalidad autónoma (...)."

He aquí el punto donde se encuentran el sueño del agnóstico Maurras con el del protestante Leibnitz, antes evocado. Páginas escritas en plena guerra mundial, el 2 de febrero de 1915, por ese incrédulo, sin embargo bien conocido por su nacionalismo. "Es porque las naciones se hacen a ras de suelo una guerra atroz, por lo que nos parece honorable para nuestra especie que haya un lugar donde se encuentren y puedan converger las oraciones del mismo rito, exhaladas por almas enemigas (...). Antaño (...) había una camaradería militar que, más antiguamente, formaba la caballería. Había un estado de espíritu europeo que daba leyes humanas a la guerra. Esos grandes bienes morales se han perdido. Pero vemos lo poco que queda adherirse y agarrarse al catolicismo. Confieso que este hecho visible y palpable contribuye a hacerme extraordinariamente atento y respetuoso hacia todo lo que atañe a la esencia católica. Debilitarlo es debilitar el último refugio terrestre de lo humano, de lo universal." (...)

Y en cuanto al Papa, he aquí lo que se atreve a decir de él nuestro agnóstico: "Lo importante es (que el Papa) existe (...). Es para esta autoridad preciosa para la que hay que pronunciar ante todo el *primus vivere*. Dondequiera que vaya, cualquier cosa que haga mientras está ahí, es. Esta existencia, por sí sola, es un beneficio inmenso porque representa la unidad de centenas de millones de espíritus y de corazones. Encarna la internacionalidad [osa decir, ese nacionalista] en un siglo donde las rivalidades de las naciones se desencadenan (...). Antes de que diga nada, comprendamos que hay que agradecerle su existencia. Lo que no hace hoy puede hacerlo mañana. La esperanza, de la cual es signo, no se apagará más que con ella misma. Es, pues, a ella a la que hay que defender y salvar..."

Páginas admirables, mis queridos amigos, cuyas resonancias



actuales son fácilmente apreciables. Pero páginas tanto más admirables en cuanto fueron escritas por un incrédulo. ¿Cuántos católicos se atreven hoy a proclamar lo que ellas expresan?

¡Pero avancemos más allá!... ¡Siempre siguiendo al mismo autor! Y veamos el lugar que este incrédulo entiende que debe ser reservado al catolicismo en la vida y en el orden de la Ciudad.

“Uno se engaña —escribe— acerca del sentido y de la naturaleza de las razones por las cuales ciertos espíritus irreligiosos o sin creencia religiosa han profesado un gran respeto al catolicismo mezclado con una callada ternura y un profundo afecto. Eso es política, se dice a veces. Y se añade: simplemente, gusto por la autoridad.” (...)

“Todo eso es frívolo, por no decir más. Cualquiera que sea la extensión que se conceda al límite del gobierno, en cualquier sentido extremo en que se le considere, siempre será desbordado por la plenitud del gran ser moral al cual se eleva el pensamiento cuando la boca pronuncia el nombre de la Iglesia de Roma. Ella es sin duda un gobierno, pero es también mil cosas más.” (...)

“La regla exterior no agota la noción del catolicismo, sino que es él quien sobrepasa infinitamente esta regla. Pero donde la regla cesa, la armonía está lejos de cesar. Por el contrario, se amplifica. Sin consistir en todo momento en una obediencia, el catolicismo es en todas partes un orden. Esta esencia religiosa viene a ser, para sus admiradores de fuera, la noción más general del orden.” (...)

“Una sede central en la Iglesia, y esa sede en Roma: la ventaja no es sólo para Roma, ni para la Iglesia solamente, ni para los clérigos, ni sólo para los fieles. Es infinita para la sociedad y el Estado. Para la más laica de las sociedades. Para el Estado más celoso de sus derechos. Es cierto que no hablo más que de Estados y de sociedades que están interesados en su propio bien o por lo menos que no sean totalmente hostiles a él.” (...)

Esto es, pues, lo que sin duda es posible que un incrédulo pueda admitir, puesto que es un incrédulo quien lo ha escrito.

Por exterior que sea a las verdaderas perspectivas de la fe.

pensad que en semejantes testimonios se puede descubrir el argumento, si no el método, por lo menos de un "encuentro" espiritual y moral muy superior al que podría ofrecer el más estricto recurso únicamente al derecho natural.

Es prueba de que debe ser posible reagrupar a no católicos, a no creyentes, en un consensus nacional muy superior a lo que hasta aquí han podido proponer un liberalismo, un sincretismo, un laicismo, un naturalismo, tan catastróficos por sus repercusiones morales como insensatos respecto de la simple razón.

¿Cuándo nos decidiremos a creer en la vida muy objetiva del catolicismo hasta en las realidades de la historia? ¿Cuándo sabremos escuchar... y no solamente escuchar, sino cuándo sabremos hacer escuchar a los que nos rodean esta "gran voz de los hechos" de la cual Blanc de Saint Bonet ha hablado? Esta "gran voz de los hechos", que resulta irritante ver que es mejor comprendida por los incrédulos que por nosotros.

Porque son católicos los que, hostiles al *Syllabus*, lo interpretaron, lo trabajaron, lo trituraron, lo retorcieron y, finalmente, lo enterraron, mientras que un Maurras, por ejemplo, no temía escribir: "Quien quiera que sea, bien haya nacido iroqués o brahman... no puede privarse de amar al catolicismo considerado en el texto del *Syllabus*."

¿No son acaso unos católicos los que, desde hace más de un siglo han levantado como un estandarte la imagen de un Cristo inspirador de la Revolución, la imagen de un Cristo teórico de la "Libertad" masónica, la imagen de un Cristo encarnizado contra toda autoridad, cuando no la imagen de un Cristo indiferente de la suerte temporal de las patrias y de las naciones?

¿No son acaso católicos los que (hoy más que nunca) hacen suyas las tesis revolucionarias acerca de la soberanía popular fuente de todo derecho, acerca de la igualdad de las religiones ante la ley, acerca de la separación entre la política y la religión?

Hay que ver la ironía, no lejana de una significación mística, de ese sopapo dado por la lección de esos incrédulos que, al revés de nuestra ceguera, habiendo interrogado a la historia acerca de

la evolución de los pueblos y de las vicisitudes de las sociedades. . . , descubren en ella la acción de la Iglesia de Roma. . . y no dejan de reconocer en ella la fuente de una sabiduría incomparable. De esa Iglesia de Roma no pueden dejar de admirar el genio civilizador y moralizador, la armonía prodigiosa de su enseñanza. Encuentran en ella las reglas privilegiadas de una felicidad duradera. . .

¿De la felicidad eterna?

No, ciertamente, por desgracia. Esto el incrédulo no lo ve. Pero nada le impide distinguir en el orden preconizado por esta Iglesia las condiciones de la felicidad individual, familiar, social, nacional en el imperio del tiempo.

Espectáculo tal, que el incrédulo Maurras, según su propia confesión, se encontró a causa de él, una mañana, despertado con “las manos juntas y las rodillas dobladas delante de la vieja y santa figura del catolicismo histórico”, habiendo claramente sentido que era, que quería ser, “romano”. . . Romano de esta romanidad en la cual pueden participar todas las naciones de la tierra. Porque esta romanidad es un espíritu y no el carácter de una raza. . . ; los latinos en la propia Roma no fueron ciudadanos romanos, al contrario del judío San Pablo, que él sí que lo fue. ¡En qué grado! ¡El Apóstol de los Gentiles!

“Romano”, exclama Maurras, no solamente “porque Roma, desde el cónsul Marius y el divino Julio hasta Teodosio, ha esbozado la primera configuración de Francia, (. . . sino) porque Roma, la Roma de los sacerdotes y de los Papas, ha dado la solidez eterna del sentimiento, de las costumbres, de la lengua, del culto, a la obra política de los generales, de los administradores y de los jueces romanos. . .”. (. . .)

“Soy romano en la medida en que me siento hombre (. . .) animal que, viajero o sedentario, se esfuerza en capitalizar las adquisiciones del pasado e incluso a deducir una ley racional.” (. . .)

“Soy romano por todo lo positivo de mi ser, por todo lo que juntaron el placer, el trabajo, el pensamiento, la memoria, la razón, la ciencia, las artes, la política y la poesía de los hombres

vivos y reunidos delante de mí. Por ese tesoro que ella ha recibido de Atenas y cuyo depósito ha transmitido (...). Roma significa sin duda la civilización y la humanidad. Soy romano, soy humano, son dos proposiciones idénticas." (...)

...

¡ Bien, queridos amigos! Este es el testimonio del incrédulo. . . , creo que interesa a todos nosotros, como católicos que somos, comprender su lección y hacerla comprender en derredor nuestro.

Peró no es menos importante comprender que esta apologética de la utilización de los testimonios de incrédulos, de las enseñanzas completamente empíricas de la historia con vistas a una unidad moral y espiritual, para que pueda resultar suficientemente aceptable —una apologética así— importa comprender, digo, que requiere, a fin de no perderse, que por lo menos, la élite que pretendemos suscitar tenga una formación más elevada. Una formación que permita no perder nunca de vista lo que pueda comportar de riesgo, lo que tenga de peligroso este recurso a la argumentación forzosamente relativa, forzosamente incompleta, de los incrédulos, aunque sean los más sinceros y los favorables al catolicismo.

Por tanto, hay necesidad de una formación previa, seria. A la vez doctrinal y práctica. ¡ Incluso táctica!

Formación doctrinal para que, siempre, un sentido justo de las verdades supremas no sea oscurecido por la inevitable referencia a los argumentos puramente empíricos, completamente relativos, completamente pragmáticos. . . , argumentos en los cuales la verdad no parece más seductora porque es verdadera sino sólo en la medida en que es útil.

Formación doctrinal, por tanto, para que un muy justo deseo de unidad no nos haga en modo alguno preferir lo "relativo", favorable a los contactos, a lo "absoluto", que es lo único que posee las promesas de la vida eterna. . . ¡ E incluso de la vida temporal a largo plazo!

Y no solamente formación doctrinal, sino también formación práctica. Precisamente con ese sentido de la diversidad, ese sen-

tido de lo contingente implicado en todo lo que es práctico, todo lo que es táctico.

Cómo dejar de comprender, en efecto, que la variedad, a veces con tan grandes contrastes, de los argumentos o de las referencias históricas evocadas a lo largo de este informe exige para ser fecunda un agudo sentido de las circunstancias, de los ambientes, de las psicologías, de los acontecimientos.

Cada red, cada centro de actividad cultural o profesional, pueden necesitar de una fórmula de acercamiento diferente.

Lo cual me lleva de nuevo (ya lo sospecháis y me lo perdonaréis) a la obligación de insistir en que no os marchéis de aquí sin tomar firmes resoluciones de trabajo. Es mi obligación recordaros la importancia de la acción y de los métodos propuestos por el *Office*.

No son tiempos de relajación.

Es más que nunca la hora de la acción.

No creemos que las exigencias de esta acción impongan que modifiquemos en nada los métodos, la estrategia, que no hemos cesado de recomendar.

Más que nunca, lejos de las crispaciones gregarias, una acción multiforme, por redes vivas, competentes, armoniosamente implantadas, bien adaptadas a las necesidades locales, institucionales, psicológicas...; más que nunca una acción así, ágil e infiltrante, puede tener una probabilidad seria de fecundidad, utilizando todo, lo mejor posible, y hasta los recursos tan frecuentemente incompletos que se ofrecen a cada uno.

¡Lo importante es mantenerse! ¡Así que manteneos! Lo importante es saber utilizar los menores recursos. Dedaos, pues, a aprender a utilizarlos.

No os digo que sea fácil. Aquí estamos algunos desde hace bastante tiempo muy bien situados para saber que no lo es. Fácil o no, lo importante es saber que eso es una obligación que no se puede rechazar.

Aunque en el corazón de vuestros círculos de influencia y de acción vuestras posibilidades parezcan muy reducidas, incluso si os

sentís muy alejados, como todos nosotros, de la plenitud de esta unidad espiritual que fue la gracia inefable concedida a las naciones cristianas de antaño. . . , a pesar de todo. . . decís bien. . . que es en el sentido de esa acción donde se halla la esperanza de una unidad, bastante armoniosa, de los espíritus y de los corazones, bastante suave y, sin embargo, bastante rigurosa para que los propios incrédulos, tanto como nosotros mismos, puedan vivir libres, felices y expansionarse, sin cesar de estar a la sombra redentora y muy misericordiosa de la Cruz.

## **PATRIA - NACION - ESTADO**

por JEAN OUSSET.

- I. ESTA COMUNIDAD SOCIAL DE LA QUE SOMOS HIJOS
- II. DEFINICIONES PROPUESTAS
- III. LA EDUCACION DEL PATRIOTISMO
- IV. EL INTERNACIONALISMO
- V. LA NACION CONSIDERADA COMO ABSOLUTO
- VI. UNIDAD DE RAZA Y UNIDAD DE LENGUA
- VII. ERROR DE UNA CONCEPCION DEMASIADO DESENCARNADA DE LA NACION
- VIII. ERROR DE UNA CONCEPCION MATERIALISTA DE LA PATRIA O DE LA NACION
- IX. MAQUIAVELISMO O TOTALITARISMO ESTATAL

144 págs.

75 ptas.